

cortesía, menos mudas, señora dueña, dijo Sancho, que por Dios, que traeis las manos oliendo á vinagrillo!" Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero, lo que él no pudo sufrir, fué el punzamiento de los alfileres; y así, se levantó de la silla, al parecer mohino, y, asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: "¡Afuera, ministros infernales! que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios." En esto, Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado; visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: "¡Viva es Altisidora, Altisidora vive!" Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Así como Don Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: "Ahora es tiempo, ¡hijo de mis entrañas, no que escudero mio! que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo, que es el tiempo donde tienes sazónada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera." Á lo que respondió Sancho: "Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas: ¡bueno sería, que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos, viniesen ahora los azotes! no tienen mas qué hacer, sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaría mucho, si es que, para curar los males ajenos, tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme; si no, ¡por Dios, que lo arroje y lo eche todo á trece, aunque no se venda!" Ya, en esto, se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: "¡Viva Altisidora, Altisidora viva!" Levantáronse los duques, y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos, con Don Quijote y Sancho, fueron á recibir á Altisidora, y á bajarla del túmulo; la cual, haciendo de la desmayada, se inclinó á los duques y á los reyes, y, mirando de través á Don Quijote, le dijo: "Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer mas de mil años; y á tí, ¡oh el mas compasivo escudero que contiene el orbe! te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mías que te mando, para que hagas otras seis para tí; y, si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias." Besóle por ello las manos Sancho, con la coroa en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al duque, que le dejasen la ropa y mitra, que la queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La duquesa respondió, que sí dejarían; que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á Don Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabían.

## CAPÍTULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.

**D**URMIÓ Sancho aquella noche en una carriola, en el mismo aposento de Don Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir, á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposición de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale mas á cuento dormir en una choza, solo, que no en aquella rica estancia, acompañado. Salióle su temor tan verdadero, y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo: "¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado.—¡Muriérase ella en hora buena, cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga qué ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Ahora sí que vengo á conocer clara y distintamente, que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto, suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.—Duerme, Sancho amigo, respondió Don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos